

Domingo II del Tiempo ordinario

Ciclo C

“Este fue el primero de los signos que Jesús realizó
en Caná de Galilea”

Juan 2, 1-11



Isaías 62, 1-5 • “Se regocija el marido con su esposa”

Salmo 95 • “Cantad las maravillas del Señor a todas las naciones”

1 Corintios 12, 4-11 • “El mismo y único Espíritu reparte a cada uno en particular como Él quiere”

Juan 2, 1-11 • “Este fue el primero de los signos que Jesús realizó en Caná de Galilea”

Reflexión y oración

- Ningún estudio, ninguna ciencia ha de ser preferida a esta (al Estudio del Evangelio). Es la más necesaria, la más útil, la más importante, sobre todo para el que quiere ser sacerdote, su discípulo. Porque sólo este conocimiento puede hacer sacerdotes (Beato Chevrier).
- Le pido a Dios Padre que la presencia del Espíritu me acompañe.
- ¿Que es lo que el texto me descubre de la persona de Jesús?
- Contemplo la complicidad de María y Jesús para responder a una necesidad.
- María intercesora.
- ¿Lo vivo así?
- Jesús realiza signos: ¿qué signos nos pide Dios que nosotros, seguidores de Jesús, realicemos?
- Jesús, su Proyecto, sus propuestas, su estilo de vida... ¿es vino nuevo para mí?
- Oro a partir de lo que he contemplado.
- Llamadas.

Notas para fijarnos en el Evangelio

- Estamos Con este milagro de Jesús, comienza el evangelista Juan, los milagros, sus signos...
- Nos encontramos ante un hecho de la vida de Jesús muy conocido y utilizado en la liturgia. Por medio de este hecho, Jesús muestra así su gloria, la presencia de Dios en su vida. Juan, al finalizar Evangelio, afirma que Jesús realizó otros muchos signos y que estos han sido escritos para que creamos que Jesús es el Mesías el Hijo de Dios (20,30-31). Y los Apóstoles, según nos dice el texto, por medio de este hecho profundizaron en la fe en Jesús.
- Jesús, María y los Apóstoles han sido invitados a una boda (2), a un hecho frecuente, a una fiesta entrañable y ahí en medio de esa parcela de la vida Jesús hará su primer signo.
- El milagro de las bodas de Caná es el primer signo que nos orienta al signo central que es su Muerte y Resurrección. Con cada uno de sus signos, con este también de Caná, Jesús continúa revelándose; son epifanías de Jesús con las que la fe de sus Apóstoles en Jesús va creciendo.
- Los signos de Jesús son siempre portadores de vida. Y en contraste Jesús no aceptará realizar otros signos que se le proponen como tirarse del alero del templo (Lc 4,9) o realizar obras maravillosas que aumenten su prestigio (6,15). Los signos de Jesús van en una sola dirección: dar vida. Los signos de Jesús siempre son en beneficio de otros, nunca en beneficio

propio y sus signos son espléndidos. Aquí la conversión del agua en vino es abundante “seis tinaja... de unos cien litros cada una” (6) como en la multiplicación de los panes y los peces las sobras fueron abundantes (6,13).

- En el convite de los novios se ha terminado el vino (3), elemento imprescindible en la fiesta, como símbolo del vino nuevo que Jesús nos trae, de la verdadera alegría que el aporta. Vino nuevo que es Jesús mismo, que es su Palabra, que es la Eucaristía, que es su Proyecto.
- Hay un aspecto importante en este relato: la colaboración de la Madre y del Hijo, de María y Jesús (3). De esa complicidad nace un hecho maravilloso.
- María de una forma humilde, como ella era, hace surgir, en colaboración con su Hijo, el milagro: “haced lo que Él os diga” (5). En María descubrimos su discreción y al mismo tiempo su preocupación por los novios para que no sufran una humillación y para que la fiesta no termine en un fracaso.
- De alguna manera, a lo mejor, este hecho milagroso puede ser un símbolo para nuestras vidas. De lo ordinario que cada uno de nosotros tenemos y poseemos, como fue el agua (no es que el agua no sea valiosa), es posible la transformación y la realización de algo muy bueno como puede ser la amistad, la solidaridad, el respeto, la fraternidad. El esfuerzo, la constancia, la ilusión, la unión... pueden convertir muchas aguas en realidades estupendas.

Así en Cana de Galilea comenzó sus signos

Señor Jesús, lleno del Espíritu Santo,
dejaste el Jordán y el grupo de Juan
para cumplir la misión
que Dios Padre te había encomendado.

Hoy te encuentro en una fiesta, una boda,
en una bonita celebración en el pueblo de Caná,
cerca de Nazaret.

Unos amigos tuyos o unos familiares
celebran su unión matrimonial y os han invitado.

Mucha relación tendrían contigo los novios
para invitarte a Ti, a María
y a todos tus Apóstoles.

En distintas ocasiones los Evangelios te presentan
sentado en la mesa, como uno más,
compartiendo con otros la comida, hablando,
gozando de compañía, alimentos y bebida.

Es bonito y grande, Señor Jesús,
el amor entre las personas.
Es grande el amor matrimonial
de unos que comienzan
y celebran su nuevo estado de vida.

Gracias, Señor Jesús,
por todos los matrimonios que se quieren.

Pero hoy, quizás, el protagonista
a lo mejor no eres sólo Tú, Señor Jesús,
sino Tú y tu madre, María.

Ella está en la fiesta con las otras mujeres:
sirviendo, fregando, atendiendo a los hombres.
Por eso se entera de lo que se cuece en la cocina
y se percata de la falta de vino.

Los comensales sedientos
se lo han bebido todo y no les queda nada.

Menudo apuro para los novios,
y María lo comparte contigo
para ver si puedes echarles una mano.

No fue una sino las dos y mucho más
la que les ofreciste a aquellos recién casados:
convertiste el agua en vino de calidad.

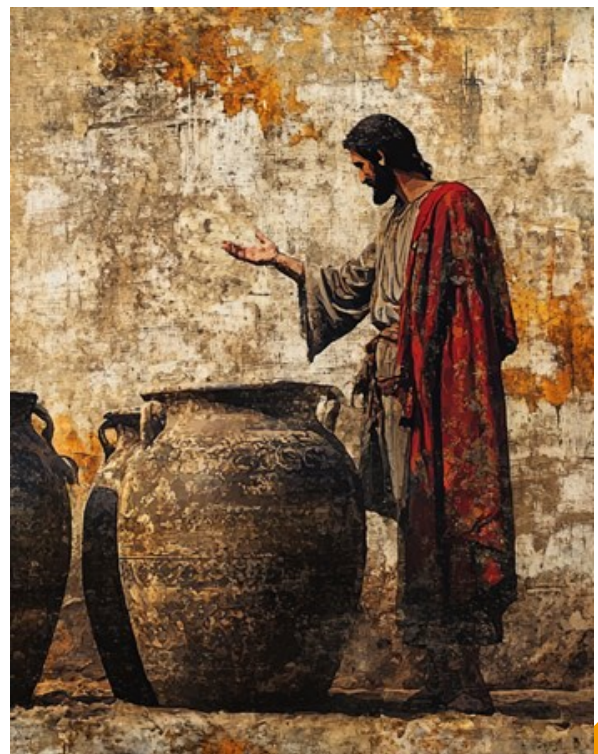
Fue tu primer signo, tu primer milagro,
tu primera muestra de la presencia
del Espíritu en tus quehaceres,
de la fuerza de Dios en tu Persona,
de la compasión de Dios en tu vida.

Y todo por María. Ella fue la intercesora.
La que posibilitó el milagro.

¿No es así como lo hacemos nosotros,
con frecuencia, acudiendo a María
para contarle nuestras penas,
para desahogarnos con ella,
para que haga de intercesora nuestra
ante su Hijo Jesucristo?

María, seguro que cada día, le estarás diciendo
a Jesús, de más de uno de nosotros:
no tiene trabajo, no tiene salud,
no tiene compañía,
no tiene libertad, no tiene vivienda,
no tienen amor,
no tienen hijos, no tiene paz, no tiene esperanza,
no tiene fe, no tiene

Continúa, María, presentándole a tu Hijo
nuestras carencias,
no dejes de mirar nuestro mundo
para presentarle a Jesús tantas pobreza
que dificultan la vida de las personas
Sé siempre nuestra intercesora.
Gracias, María, porque somos tus hijos e hijas
de quienes siempre te acuerdas.
forma y en otro lugar...





VER

“La vida sigue igual” es una canción muy conocida de Julio Iglesias. Su primera estrofa dice: «Unos que nacen, otros morirán. Unos que ríen, otros llorarán. Agua sin cauces, río sin mar. Penas y glorias, guerras y paz». Y, tras cada estrofa, el estribillo termina diciendo: «La vida sigue igual». A estas alturas del mes de enero, éste podría ser el sentimiento compartido para la mayoría: la vida sigue igual. Como dijimos el domingo del Bautismo del Señor, la celebración de la Navidad queda ya lejana, y la vida ordinaria ha vuelto ya a la normalidad, con sus problemas y quebraderos de cabeza habituales.



JUZGAR

También los que nos llamamos cristianos podemos dejarnos llevar por esta impresión. Además de la Navidad, ha habido dos acontecimientos especialmente importantes para quienes somos y formamos la Iglesia: la celebración de la segunda sesión del Sínodo sobre la sinodalidad y el inicio del Jubileo 2025, con el lema “Peregrinos de esperanza”. ¿Los tenemos presentes, o ya se nos han olvidado?

Si hemos celebrado la verdadera Navidad y si, como decíamos el domingo pasado, nos tomamos en serio el Bautismo que hemos recibido, tendríamos que afirmar: la vida NO sigue igual. Y la Palabra de Dios de este domingo nos ayuda a que esto lo interioricemos y vivamos.

La 1ª lectura de hoy se lee también en la tarde del 24 de diciembre, en la Misa Vespertina de la Natividad del Señor, y es bueno que hoy ‘re-cordemos’, que volvamos a pasar por el corazón, lo que el Señor dice: “Por amor a Sion no callaré, por amor de Jerusalén no descansaré... Ya no te llamarán ‘Abandonada’ ni a tu tierra ‘Devastada’...” Aunque el tiempo de Navidad haya pasado, el Señor ‘no calla ni descansa’, sigue actualizando su presencia salvadora entre nosotros.

Hemos dicho que la verdadera Navidad es celebrar la manifestación de Jesús como “Dios-con-nosotros”, para que podamos encontrarnos con Él. Una primera manifestación la celebramos en la Nochebuena y Navidad, con su nacimiento pobre y humilde y sólo conocido por unas pocas personas; una segunda manifestación la celebramos en la Epifanía: el Hijo de Dios hecho hombre se muestra a todos los pueblos, razas y culturas, representados en los Magos de Oriente; una tercera manifestación la celebramos el domingo pasado, con el Bautismo del Señor: Jesús se manifiesta como el Hijo amado del Padre, ungido por el Espíritu Santo, que inicia su misión evangelizadora. Y en el Evangelio de hoy hemos escuchado otra manifestación de Jesús, esta vez en “una boda en Caná de Galilea”. Jesús realiza el signo de convertir el agua en vino y “éste fue el primero de los signos que Jesús realizó; así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en Él”. Esta nueva manifestación no es algo del pasado, es para nosotros hoy, para que no pensemos que ‘la vida sigue igual’ con su carga de problemas y su ‘falta de vino’, su falta de alegría y esperanza. Por eso, tienen que resonarnos con fuerza las palabras que María dirige a los sirvientes: “Haced lo que Él os diga”.

La verdadera Navidad no ha pasado, sino que continúa, y nosotros debemos continuarla para que ‘la vida no siga igual’. ‘Re-cordemos’ lo que decíamos el domingo pasado: en nuestro Bautismo también el Padre nos dice: “Tú eres mi hijo, el amado” y también recibimos el Espíritu Santo para que, como Jesús, tomemos conciencia de nuestro ser hijos de Dios y de la misión que debemos desarrollar, para que la verdadera Navidad continúe. Una misión que en este Año Jubilar tiene un acento especial: estamos llamados a ser “Peregrinos de esperanza”, y hacerlo en sinodalidad, caminando juntos, como miembros de un mismo cuerpo en el que, como nos decía san Pablo en la 2ª lectura: “hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu... hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común”.

Y en este ‘caminar juntos’ como “Peregrinos de esperanza”, también están incluidos los más jóvenes: este domingo se celebra la Jornada de la Infancia Misionera, con el lema “Comparto lo que tengo”. Todos, también los niños, tenemos mucho que ofrecer a los demás. Estamos llamados a compartir lo que tenemos y somos, sobre todo con los más necesitados, para que todos podamos vivir con esperanza.



ACTUAR

Como se indica en el documento final del Sínodo sobre la sinodalidad (58): «Cada bautizado responde a las exigencias de la misión en los contextos en los que vive y trabaja desde sus propias inclinaciones y capacidades, manifestando así la libertad del Espíritu en la concesión de sus dones. Gracias a este dinamismo en el Espíritu, el Pueblo de Dios, escuchando la realidad en la que vive, puede descubrir nuevos ámbitos de compromiso y nuevas formas de realizar su misión». Por tanto, si cada día procuramos hacer lo que el Señor nos pide, si vivimos la misión evangelizadora como “Peregrinos de esperanza” y en sinodalidad, podremos cambiar el título de la canción, y será verdad que «la vida NO sigue igual», porque tenemos al “Dios-con-nosotros”.